

*Esto no es mi cuerpo*

Hay que ir al Pradillo y contener la respiración ante la dura, honesta y penetrante lección de inconformidad que da Olga Mesa en su pieza, sólo pata para personas libres, pues el grito ahogado de su talento en busca de horizonte se revuelve en un estupor sin fin, algo sorde que se extiende más allá del place.r Una mujer en su interior, sin vistas, tratando de ganar tiempo, de encontrar unapausa entre las miserias de la autocomplacencia. Si hay una forntera para la dfesesperación, ésa la pone la coreógrafa, en su juego de horror un rito sin la menor compasión.

Mesa va a mejor cada vez: la artista traza en tiza sobre el suelo un gráfico que comprende vectores y las palabras principio, espera, final; el martilleo de un metróno pisa la grabación de un ensayo vocal. Es un inteligente y desgarrado soliloquio de fuerte impronta sexual. Ella esta vez está más dinámica sobre el suelo y su estudiado registro de impulsos ofrece una lectura de fueite erotismo, irónica con sus propios fantasmas. Hay un continuum onanista frente a un imaginario espejo convexo y deformante.

La bailarina se hiera con el suelo, sus muslos tatuados están llenos de huellas y la combinación de raso gris se agujere en el ajetreo de su cuerpo potente. Va y viene, reta con su mirada, se toca duramente por delante y por detrás. Pero todo se pone turbiamente grave con el filme y la luminosa aparición del chelista, cuyo desnudo (a pesar de los disuasorios calcetines blancos) es un revulsivo, una aparición seráfica que impone su voluntad con lo que tañe y así la hace bailar espasmódicamente en el repentino y falaz entusiasmo del espectro de una posesión que no existe. Al final Olga Mesa se pone el metrónomo por montera y la luz del juicio, que sale de debajo de las butacas del público, la empotra contra su destino solitario donde no queda ni el eco de las crueldad el violoncelo. Silencio y oscuro. La belleza del dolor."